

RICARDO MIRO.

Preludios.

Versos.



Casa Editorial de Guillermo Andreve. — Panamá.

Preludios

Versos

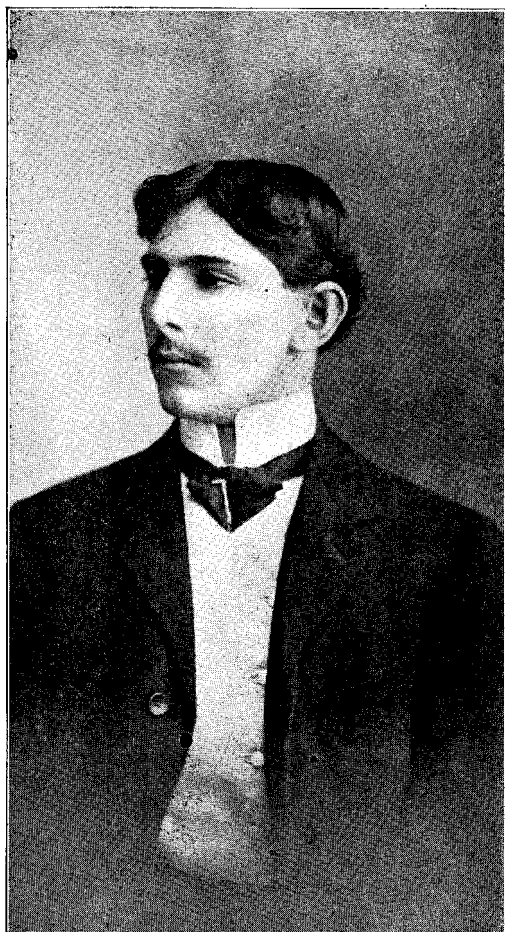
de Ricardo Miró ††



Dr. Gmo. PATTERSON Jr.

LIBRARY

Tipografía Moderna
PANAMA
1908.



Ricardo Meiro

(Creemos haber terminado una obra, un libro, y al releerlo, hallamos que nuestro entendimiento ha caminado algunos pasos adelante, y que el libro, como la sombra de los que marchan siempre de cara al sol, se queda atrás).

NAJERA.

SALUTACION

SALUTACION

Para RUBEN DARIO

Salud, noble y vibrante Duque de la Harmonía:
soñaba en mi severo Castillo señorial,
cuando sentí gemir tus violines de Hungría
entre el épico estruendo de tu marcha triunfal.

A tí me ha encaminado la Reina Poesía;
hasta tu corte vine sobre el caballo Ideal,
y para que conozcas mi estirpe y mi hidalguía,
te traigo un libro transparente de cristal.

Tendré duelos sangrientos, tendré citas secretas,
seré en tu regia corte de sabios y poetas,
como un francés, artista; noble como español.

Y por llegar al triunfo sobre tus mismas huellas,
aprenderé á formar poemas con estrellas,
hasta que al fin sujete por las crines al Sol.

PORTADA

SOY PANAMEÑO

Mi patria finge un brazo fraternal y potente,
y yo espero tendido en mi hamaca crujiente,
que se dilate el cuello de los vientres divinos
en el alumbramiento de sus grandes destinos.

Llevo, como un diamante, remachado en la frente
el sol de mi grandeza futura, que no miente,
y en mi pecho, que ensanchan los hálitos marinos,
intactos guardo todos mis ensueños latinos.

Latente está en mi alma la chispa del poeta;
mas espero riendo con alegría secreta
el minuto radiante que en el tiempo fulgura.

Porque será mi verso, vigoroso y sonoro,
el que dirá la angustia de la carne y el oro
amasados con sangre por la raza futura.

PRELUDIOS

Dr. Gmo. PATTERSON, S. J.

EL ALMA DE MI LIBRO

Abre mi libro, para tí lo he escrito;
para tí he recojido en mis alcores
tantas hermosas y fragantes flores,
que mi campo quedó mustio y marchito.

Himno, queja, sollozo, canto, grito,
todo se funde en él, goce y dolores,
como se funden sombras y fulgores
en la vasta extensión del infinito.

No temas si al conjuro del Poeta
cruzan Laura ó Mignon, Mimí ó Julieta:
en todas ellas tu virtud respira,

porque tú cambias bajo el verso mío,
como una limpia gota de rocío
cambia de luces cuando el Sol la mira.

MI RAMILLETE

PARA MIMI

Por lo mucho que te adoro
mi Musa, con raro aliño,
formó para tu corpiño
un ramo de estrellas de oro.

Y aunque en verdad son estrellas
de esas que al Sol dan combate,
temo que el frío las mate
si me quedara con ellas.

Pero llenas de sonrojos
aquí diciéndome están
que en cenizas quedarán
si las acerco á tus ojos.

Ya ves: mi rima mejor,
como el garzón de Darío,
conmigo muere de frío,
tú la matas de calor.

PARA LA PRINCESA BLANCA

Vecina de manos breves,
de tez rosa nacarada,
¡ oh mi Princesa encantada
hermana de Blanca Nieves.

De la celda donde moro,
por entre la cerradura,
veo á mi pálida hermosura
sentada en su silla de oro.

En veces tiñe el rubor
sus dos mejillas de tul,
porque ama á un Príncipe azul
que es guerrero y trovador.

Hasta mí llegó una bella
flor que adornó su cabeza,
flor que en perfume y pureza
no puede luchar con ella.

Y como la flor resume
alma de estrella y de flor,
no sé si es flor con fulgor
ó una estrella con perfume.

En tan triste cautiverio
nos tiene una vieja Bruja
extraña, que se arrebuja
en un jirón de misterio.

En el silencio severo
que cae sobre el Castillo,
sólo se oye el estribillo
que canta su gran llavero.

En la noche, cuando siento
llegar donde la Princesa
la Bruja, me hace supresa
un negro presentimiento.

—Blanca, musita. Y la hermosa,
entre dormida y despierta,
por debajo de la puerta
muestra su dedo de rosa.

—Falta, dice en son severo
la Bruja; y en el pasillo
se derrama el estribillo
que canta su gran llavero.

De la celda donde moro,
por entre la cerradura,
veo á mi pálida hermosura
sentada en su silla de oro.

Ella cautiva, yo preso...
y pienso, doliente y grave,
que, á veces, como una llave,
¡cuántas puertas abre un beso!

Así mi estrofa mejor
sería una escala bella
para fugarnos por ella
á los prados del amor.



LAS GARZAS

En el cielo, velado de improviso,
la banda fugitiva se diseña . . .
Tal mi vida: crepúsculo indeciso
donde, entre nubes pálidas, diviso
alejarse una tímida cigüeña.

Míralas! . . . Su fatal melancolía
se disuelve en el raso de los cielos;
y al verlas agitarse se diría
que son como fantásticos pañuelos
con que al marcharse se despide el día.

Las garzas me enamoran. . . Son lo que huye,
lo intocado, que vuela y se evapora. . . .
Tras su marcha doliente y soñadora
un cansancio infinito se diluye. . .
El vuelo de las garzas me enamora. . .

En los lagos dormidas entre brumas,
cuando abre sus párpados la Aurora,
bajo el armiño de sus níveas plumas
son el alma sutil de las espumas. . . .
Lo blanco de las garzas me enamora. . . .

Cuando la Mar se torna gemidora
bajo el arrullo de la paz nocturna,
simboliza la garza soñadora
el alma de una virgen taciturna.
Lo lilial de las garzas me enamora....

Sobre el escombro que el verdín colora,
-por no sé qué lejano simbolismo-
la garza pensativa rememora
el alma misteriosa del mutismo.
La mudez de las garzas me enamora....

Cuando sobre los cielos se derraman
en la tarde que en rojo se colora,
recuerda la bandada voladora
los sueños de las vírgenes que aman.
Lo nupcial de las garzas me enamora....

Las garzas me enloquecen.... Su blancura,
su mudez, el dolor que las aqueja,
me empujan á quererlas con ternura....
Yo tengo la infinita desventura
de amar lo que se va.... lo que se aleja.

Pero yo amo las garzas porque existe
un amable recuerdo en mi memoria....
Es el tuyo... Tu fuiste blanca y triste,
y volando, volando te perdiste
en el cielo sin nubes de mi historia.



POSTAL

Era una paloma bella,
un ave hermosa, de plumas
hechas de copos de espumas
y sonrisas de una estrella.

Jamás tuvo un desconsuelo,
nunca se la oyó gemir
Gastó su vida en venir
y en ir por el ancho cielo.

Mas un Príncipe que un día
oyó su canto sonoro,
dentro de una jaula de oro
la encerró con mano impía.

Porque aquel Príncipe cruel
quiso que el ave del cuento
endulzara con su acento
su vida llena de hiel.

Y cuentan que desde el día
en que el ave se vió presa,
dobló la blanca cabeza
con honda melancolía.

Y cuando otra ave pasaba
cerca de su jaula de oro,
con su piquito sonoro
sollozaba . . . sollozaba . . .

Cuando el carcelero real
visitaba á su cautiva,
la encontraba pensativa
tras el dorado metal.

Y así fué como una cierta
mañana llena de luz,
con las alitas en cruz
el Príncipe la halló muerta.

Hay almas blancas y bellas,
almas hermosas, de plumas
hechas de copos de espumas
y risas de las estrellas. . . .



MI VECINA

Precisamente al frente de mi ventana
me queda la ventana de mi vecina,
una niña de nieve, divina, y fina
como una miniatura de porcelana.

En las mañanas plenas de primavera,
si regando las flores su mano asoma,
se tomara por una blanca paloma
volando entre las blondas de enredadera.

Cuando el Sol dora el flanco de las colinas
y surgen los crepúsculos de oro y rosas,
sus dos pupilas negras y quejumbrosas
cantan llorando como dos golondrinas.

Y si en la noche diáfana se desata
la luz blanca y fantástica de la Luna,
su silueta de lirio dijérase una
visión hecha con finas hebras de plata.

Sobre su rostro lleno de ingenuo halago
fulguran sus dolientes pupilas bellas,
cercanas y remotas, cual dos estrellas
flotan sobre las quietas ondas de un lago.

Jamás hemos pensado ningún exceso
porque somos formales como no hay otros,
y, no obstante, sabemos que entre nosotros
es cosa convenida cambiar un beso.

Así con ojos cándidos y cobardes,
nos decimos, bordando mil niñerías,
cuando riega las flores: ¡muy buenos días!
al cerrar la ventana: ¡muy buenas tardes!



ESPAÑA

El Sol canta en el cielo una petenera,
brillan mil astros bajo de la mantilla
y corre la limeta de manzanilla
entre la pintoresca gente torera.

“Brindo---dice una chula muy sandunguera--
por el *gachó* más guapo de la cuadrilla,
que hablando de *quereres* me hace cosquilla
porque tiene en el *pico* una *jarabera*”.

Y mientras van muriendo por los tendidos,
de un corazón inmenso como latidos,
las notas de una marcha que es una historia,

lanza un clarín de plata su grito al cielo,
y al eco de mil voces llenas de anhelo
salta á la arena un *Miura* que es una gloria.

El Sol que va cayendo por Antequera
acribilla con rabia la chaquetilla,
y el toro, sorprendido, se maravilla
y escarba, y se revuelve, y se desespera.

Finge un ave fatídica la montera
y en tanto que culmina la banderilla,
el torero, al desgaire, se yergue y brilla
como un pez del estanque de la Quimera.

En medio de un silencio de miedo inuerte!
grita un clarín de plata con grito fuerte;
y agitando el estoque de larga historia,

“Vaya—dice el Espada—por la Consuelo,
por ese lucerito que desde el cielo
ha caído á la tierra para mi gloria.”

Cayó el Sol fatigado de su carrera,
mas bajo la penumbra de la mantilla
la luz de negros ojos fulgente brilla,
que en España el Rey astro no es el que imper

Y solloza la música lastimera,
y mientras va alejándose la cuadrilla,
se agitan blandamente la seguidilla
y como ave de plata la petenera.

Pobre España gloriosa! Con lento paso
eres un sol que marcha para su Ocaso
con otro sol á cuestas, que son tus glorias.

Y apremiando las cuerdas de tu guitarra,
agonizas cantando, cual la cigarra,
en el ensueño largo de tus victorias.



EL DECIR CAMPESINO

En la mañana, cuando te asomas
en la ventana que da al jardín,
¿por qué, si miras sobre las lomas
las alas blancas de las palomas,
cubre tu rostro bello carmín?

Cuando en Ocaso radiante el Día
se desmenuza como una flor,
¿por qué sondeas la lejanía
con indecible melancolía,
llenos tus ojos de hondo dolor?

Cuando una trémula mariposa
tiembla en el cáliz de algún botón,
¿por qué se nubla tu frente hermosa,
por qué te pones fría y nerviosa
mientras palpita tu corazón?

Ah! tú no sabes que yo he sabido
lo que motiva tu oscuro mal;
sé de un secreto que va escondido
dentro de tu alma, y ha carcomido
tu frágil sueño de azul cristal . . .

Por eso el llanto jamás estancas
de tus mejillas de suave tul;
porque tú lloras tristezas francas
por tus hermosas palomas blancas
que se te fueron por el azul . . .

Era una tarde tibia y discreta
—tarde de rosas del mes de Abril—
Tú meditabas; llegó el poeta,
nimbó la nieve de tu silueta
y abrió á tus ojos áureo pensil

Tú eras un lirio de nieve pura,
era el poeta la mariposa;
y aquella tarde que en tí perdura
lo que fue gloria de tu hermosura
fue herida en tu alma bella y radiosa

Mas no te opriman sombras de luto;
piensa en el sabio decir sutil:
que aumenta en ricas mieles el fruto
cuando ha ofrendado ya su tributo
á algún piquito audaz de marfil



ELLA ERA COMO ERES TÚ

Para BLANCA

Escúchame: era una bella
muchacha como eres tú;
su cintura era un bambú,
cada pupila una estrella.

Era su reir sonoro
áurea cascabelería,
porque su risa fingía
risas de campanas de oro.

Bajo la noche discreta
soñaba su juvenil
sangre de rosas de Abril,
con un Príncipe gentil
que fuera también poeta.

Y sucedió que como era
tan blanca como un jazmín,
se me perdió en el jardín
un día de primavera.

VARIACIONES

Carmelita, hijita, cuéntame tu cuita.
¿Qué cosa te angustia, qué angustia te acosa,
que en veces te miro marchita y llorosa
y otras más hermosa que una margarita? ...

Si tu labio reza y por rezar no besa,
cesa en ese exceso que te daña el seso;
porque esa traviesa boquita de fresa
la hizo el Embeleso expofeso al beso.

Cirios, blancos lirios, flores de martirios:
así en mis ensueños me sueño tus sueños;
porque tus risueños sueños marfileños
son graves y suaves cual cirios y lirios.

Ora canta ó llora tu fascinadora
pupila tranquila, ora ni titila:
pero llore ó cante ó ría tu pupila
siempre en ella llora tu alma soñadora.

Tu sumisa risa llama y electriza
y tu boca loca quema cuanto toca,
así es que tu risa sumisa sofoca
la boca que, loca, quiere ser ceniza.

Cuéntame tu cuita, Carmelita, hijita.
¿Qué angustia te acosa, qué cosa te angustia?..
Me acuita esa cuita cruel que te marchita;
me angustia esa angustia que te pone mustia.



MI MUÑECA

I

Yo tengo una rubia muñeca traviesa
que en veces me burla tramando un desliz:
mas cuando con gracia la calle atraviesa,
me venga en los nervios de un chisgarabís.

Serena y altiva como una Duquesa,
gasta en los pañuelos una flor de lis,
y funda su antigua, gloriosa nobleza,
en que es flor y nata del bajo París.

Loto que ha crecido sobre las orgías,
que vela las noches y duerme los días,
y pasa la vida como en Carnaval,

el día que se rompa mi rubia muñeca,
muy sola y muy triste, muy pálida y seca
sumará sus pasos en un hospital.

II

Mi muñeca es hecha de mármol de Paros,
gasta tornasoles trajes de moiré,
y es una orgullosa de timbres preclaros,
biznieta de alguna Carlota Corday.

Tiene mi muñeca dos ojazos raros
(cristalinas cuentas en su rostro the)
y como se muere por los tonos claros
calza zapatillas de champan-glacé.

Blanca, como el alma de los azahares,
se salió, sedienta de los boulevares,
de un cuento del mago Gay de Mautpassant;

y la hallé una noche ruidosa de copas,
los labios sangrientos, abiertas las ropas,
alzando una copa de rubio champán.

III

En pecaminosa, pizpireta y fina,
tiene la viveza que da el obrador,
y en su faz, que evoca la de Colombina,
hallo el misticismo grave de una Sor.

Bajo del recato de la muselina,
con su cuello cisneo, con su seno en flor,
es una Princesa que á la guillotina
le fue arrebatada por un Galaor.

Me encanta su modo bajo y rufianesco,
su cuerpo de lirio, mono y picaresco,
que convida siempre para algún desliz.

Y así, toda llena de provocaciones,
la encontré sobre una caja de bombones
en un luminoso Café de París.



HISTORIA JUVENIL

PROMESA CUMPLIDA

Para el poeta VILLAESPESA

Una noche surgiste en mi camino
Circundaba tus sienes el destello
de la dorada luz de tu cabello
deshecho en luminoso torbellino.
Y dijeron tus ojos: "Peregrino,
yo también, como tú, la senda huello,
y en pos de lo sublime y de lo bello
iremos, á despecho del Destino"
No comprendo por qué; pero al mirarte,
leí, quizá porque empezaba á amarte,
esa promesa tras tus ojos sabios.
Y ese día, al tomar sendas extrañas,
tú llevabas un beso en las pestañas
y yo una quemadura entre los labios.

Se ornaba tu ventana con decoro
de madre selvas y de clavellinas,
porque ya las oscuras golondrinas

retornaban por el azul en coro.
Al caer el crepúsculo sonoro
se abrían de repente tus cortinas,
y ante el Cielo, y el Mar, y las colinas
surgías ebria de perfumes y oro.
Bajo el rojo claror de tu ventana
como una gran pupila, la sabana
del Mar nos parecía una laguna.
Porque al sentir tus ojos, vida mía,
la misma Mar traidora se adormía
como bajo el arrullo de la Luna

Bajo el níveo plumón de tu sombrero
que al viento flameando se tendía,
tu azul pupila de cristal hería
como la punta de un puñal de acero.
Y en tu pálido rostro placentero
que modelado en nieve parecía,
tu boca diminuta se diría
un clavel de la nieve prisionero.
Dame un beso, defate; mas cubre
esa airada pupila que descubre
los más traidores y perversos lazos.
Y ya, siempre alcanzando mis antojos,
te quitabas las manos de los ojos
y me dabas un par de alfilerazos.

De besar tus pupilas de amatista
metí mi viejo honor en una apuesta,
y hasta el poco de orgullo que me resta
lo puse todo en mi gentil conquista.
Por cojer tu pañuelo de batista
nos detuvimos entre la floresta

cuando el bosque gemía como orquesta
de violines ocultos á la vista.
Dialogaron las hojas misteriosas
adivinanzas de futuras cosas
y prontas primaveras. Oportuna
rodó una estrella hacia el lejano Oriente
y advertimos que, maliciosamente,
nos ataba el mismo hilo de la Luna.

Pidiéndome una tarde unas postales
donde adulaba tu coquetería,
con pretexto de alguna tontería
reímos como un par de colegiales.
Por cada uno de aquellos madrigales
doce besos sonados te pedía,
y aunque cára mi hermosa mercancía,
juzgo que no hizo merma en tus caudales.
Despeinada, riendo como loca,
era imposible aprisionar tu boca,
porque eres profesora en jugarretas.
Y de esa tarde que encendió mis sienes,
yo todo lo perdí . . . pero tú tienes
un álbum rebozante de tarjetas.

Levanté la cortina con recelo
y en la vaga penumbra de la estancia
te ví, con abandono y elegancia,
tendida en el diván de terciopelo.
Agitaba no sé qué dulce anhelo
tu boca llena de sutil fragancia . . .
Tras el limpio cristal, en la distancia,
la Tarde naufragaba sobre el cielo.
Suspiraste . . . Con bello desaliño

te saltaron los broches del corpiño.
Y el Sol, que huía en galopar sonoro,
se detuvo de pronto en el Ocaso
y atravesando el cortinón de raso
quebró en tu pecho una saeta de oro.

Rebozando románticos anhelos
que desbordaban de tus fibras rotas,
—quiero ver—me dijiste—las derrotas
de la Tarde entre el Mar y entre los cielos.
Y llegamos al Mar, cuando en sus vuelos
sobre las cumbres altas y remotas
fingía la bandada de gaviotas
un adiós doloroso de pañuelos.
Algo grave te hirió, porque un suspiro
ensanchó tus pulmones, y con giro
de ave llegaste á mí toda cobarde.
Y entre un florecimiento de sonrojos
miré que se copiaba en tus dos ojos
la fastuosa caída de la Tarde.

Como tropa de garzas fatigadas
ó desfile de cisnes soñadores,
las barcas de los bravos pescadores
iban al Mar en lánguidas bandadas.
Sobre el ras de las aguas sosegadas
nos llegaban los cánticos de amores
que entonaban los dulces ruiseñores
á las estrellas, sus enamoradas.
De pronto una fantástica sonrisa
de luz rieló sobre la Mar sumisa
como un brochazo luminoso y fuerte.
Y advertí, complacido y admirado,

cómo sobre el paisaje aletargado
la Luna se empinaba para verte.

La góndola zarpó de la ribera
bajo el beso glorioso de la Luna,
porque el Mar, tras un sueño de laguna,
guardó todos sus ímpetus de fiera.
De pronto una gaviota, una quimera
fugaz como el amor de la Fortuna,
rozó tu frente pálida de cera
y se perdió bajo la noche bruna.
No sé por qué pasó por mi memoria
como un rayo de Luna aquella historia
que llenó de perfumes mi pasado.
Tu sonrisa infantil, blanca, remota,
que huyó cual la fantástica gaviota
á esconderse en la noche del pecado.

El Mar, bajo los dos, se estremecía;
de su vientre fosfórico la ola
derrochaba lujosa pedrería
ante el paso triunfal de la acrostola.
De la vaga y remota lejanía,
como un treno amarguísimo de viola,
mensajera de la melancolía,
llegó una fatigada barcarola.
Y al perfilarse las cabezas blondas
de los astros temblando entre las ondas
rizadas suavemente por las brisas,
nuestra barca dejaba como huellas,
entre un surco de espumas y de estrellas
una estela de lágrimas y risas.

La gaviota se fué. Pero su queja
sonó bajo la noche de Verano. . . .

Vió quizás al pasar una pareja
que temblaba de amor sobre el oceano.
Y el ave te perdió, porque tu ceja
se enarcó con un gesto soberano,
mientras cayó deshecha la madeja
de tu cabello rubio entre mi mano.
Y fue tu carnación arpa maestra
que, bajo el sortilegio de mi diestra,
cantó el amor con trémulos alegros,
hasta que rotos todos tus sonrojos
cruzó un desfile de cometas rojos
sobre la noche de tus ojos negros.

Un pensamiento lóbrego y siniestro
salió de lo hondo de mi alma: el astro
quiso dejar sobre la nieve un rastro
tras de la rueda de oro de su estro.
Y bajo mi cincel, seguro y diestro,
con toda la osadía de un poetastro,
te convertí, de bloque de alabastro,
en un busto simbólico y maestro.
Una lluvia de lágrimas de fuego
inundó tus mejillas, salió un ruego
llorando de tu boca dolorida,
y al ver aquel exótico contraste
me alejé lentamente . . . y tú quedaste
llorando arrepentida y complacida.

Con alma musical y soñadora
quisiste en tu tranquila inexperiencia
domar la bella pero esquiva ciencia
de cantar con mi estrofa vibradora.
Y fue la iniciación. Tendía l' hora
su piadosa disculpa en la conciencia . . .

Mi voz, malignamente insinuada
fue una espada: tal era mi elocuencia.
Al infalible golpe del maestro
saltó en lujosa pedrería de tu estro
todo el lirismo de tu ciencia infusa.
Y al compás de un poema alejandrino
te infundí con mi verbo masculino
la savia vigorosa de mi musa.

Hoy, que en el horizonte de mi vida,
apenas si divisó tu silueta,
quiere cumplir la pluma del poeta
esta promesa que el amante olvida.
Cuando tras tu virtud sólo fingida
adiviné tus artes de coqueta,
me arranqué con orgullo la saeta
y hoy no sé donde estuvo aquella herida.
De esa historia de amores, de esa historia
que fue un breve relámpago de gloria
en mi existencia fácil y vacía,
sólo me queda un rizo de tu pelo,
y una gota de sangre en un pañuelo . . .
sangre que puede ser ó tuya ó mía.



CREPUSCULOS

INTERIORES

NOCTURNO

En las horas calladas de mis noches desiertas,
cuando mi alma es un lago pasas tú por mi vida.
Los lirios se reflejan sobre el agua dormida
y los rostros se copian en las almas despiertas.

Y es en vano que trate de oponerme. Mi alma
está entonces inmóvil como una laguna,
y la laguna tiene que reflejar la Luna
cuando sueña en las noches perfumadas de calma.

Yo no sé qué gran fuerza te empujó sobre el leve
cristal de mi existencia . . . Y tú pasas y rozas
sobre el lago de mi alma como un cisne de nieve
trazando yo no sé que parábolas brumosas.

Y ha de llegar la hora, esa hora suprema
en que el último Invierno torne el lago de hielo,
y entonces ¡ay! entonces levantarás el vuelo
sin escribir la última palabra del poema.

AVE, CRUZ.

La infinita piedad que hay en tus brazos,
la enfermiza blancura que te viste,
me empujaron á tí

(Yo soy un Triste
que tras lo raro encaminó sus pasos).

Cuando á la incierta luz de los Ocasos,
lleno de ansias eróticas extrañas
rasgué tu verde túnica de yedra,
sentí que penetraba en mis entrañas
el frío de tu carne hecha de piedra.

Oh cruz, sobre la vera del camino
vi la ternura de tus brazos blancos,
y en la tisis marmorea de tus flancos
hallé no se qué encanto femenino.

Yo me he abrazado á tí en las luminosas
noches que adornan el dolor del cielo,
y tu carne me ha dado de su hielo,
y tu mudez me ha dicho muchas cosas.

Y en mis fiebres de loco enamorado,
sobre tu cuerpo que en la noche albea,
he querido morir crucificado
como el dulce rabino de Judea.

Hay una rara afinidad que junta,
por no sé cuál remoto simbolismo,
tu infinita piedad y tu mutismo
con aquellos que tuvo la difunta.

Y buscando el enigma que se encarne
en el raro misterio que te viste,
me imagino que el alma de *ella*, triste,
anida bajo el hielo de tu carne.



¿.....?

Señor, Señor: en dónde podré besar sus huellas?..
En qué lugar ignoto descubriré sus pasos?...
Acaso en las doradas nubes de los Ocasos,
ó se fué por los cielos desmenuzando estrellas?...

Yo amaba en ella todos mis ensueños primeros:
su castidad, su noble tristeza, su mutismo.
Fue por sobre mi vida como sobre el abismo
la Luna, esa pastora que apacenta luceros.

Eran sus manos finas dos lirios delicados,
y eran sus ojos negros presas de los martirios;
y con sus manos finas y sus ojos violados
me tejó una corona de violetas y lirios.

De pronto se detuvo por el sendero un día,
clavó en mis ojos una mirada llena de duelo,
y su alma, aquella almita triste como la mía,
hecha un sutil perfume se fue al azul del cielo.

Cuando llegué á la estancia mortuoria para verla,
tras el cristal amargo de mi último lloro
miré cómo su rostro semejaba una perla
dormida entre sus bucles luminosos de oro.

Su busto—maravilla que ultrajaron mis besos—
donde encontré la línea de los bustos paganos,
se convirtió á la loca caricia de mis manos
en un montón de carne y en un montón de huesos...

Yo sigo por mi ruta sin comprender á dónde;
y la llamo y la llamo, pero no me responde.
A veces me figuro que me mira y se esconde
porque mi amor inmenso con mi dolor se ahonde.



SONETOS ESPECTRALES

Para ANTONIO BUEGOS

TUS PÁRPADOS

Ah mi enfermita de cabellos canos
por lo rubios, muy rubios: cuando vienes
á calentar el hielo de mis sienes
con el calor de fiebre de tus manos,

me pierdo en yo no sé cuáles arcanos
al contemplar tus ojos que entretienes
en desgranar tus lágrimas . . . Ay! tienes
ojos que lloran, de mi alma hermanos.

Tus párpados violetas me hacen daño . . .
Te adivino un profundo desengaño
que conmovió tu ánima angustiada.

Por eso, tras tus párpados, tus bellas
pupilas me parecen dos estrellas
cubiertas por dos pétalos de rosa.

TUS OJERAS

Tu ojera, ebria de azul, donde divaga
tu pupila, agobiada por los males,
deja entrever, tras su color, la vaga
tristeza de las tardes invernales.

Cuando en tus largos sueños tropicales
tu pupila romántica se apaga,
se dijera, una estrella que naufraga
entre tules y gazas ideales.

Y en esa ojera azul--cuya secreta
tristeza me recuerda la violeta,
eterna presa de dolores vago--

tus dos ojos sin sol, contemplativos,
serán dos cisnes negros pensativos
vogando en la tristeza de dos lagos.

TUS OREJAS

Bajo el oro sutil de tus guedejas
-rayos robados de ignorados soles-
con un bello rubor de caracoles
tiemblan tus eucarísticas orejas.

Cuando pegado al hierro de tus rejas
te suplico llorando que te inmoles,
parece que se cubren de arboles
al escuchar mi voz llena de quejas.

Y ellas, que oyeron en las tardes rosas
temblando de placer tan bellas cosas,
cuando tras de regar su postrer lloro

se apaguen en la muerte tus miradas,
serán dos bellas conchas desmayadas
bajo una blonda enredadera de oro.

TUS OJOS

Tus ojos, de fulgores inseguros,
dejan mirar, tras tus pestañas finas,
no sé que vaguedades vespertinas
que me hablan de fantasmas y conjuros.

Esos ojos tan vivos, tan oscuros,
de tu pálida faz sobre las ruinas,
me recuerdan á aquellas golondrinas
que hacen su nido en los callados muros.

Cuando se cansen de llorar, un día
se nublarán con la melancolía
con que se nubla en el Invierno el cielo;

y entonces tus pupilas doloridas
parecerán dos moscas adormidas
sobre una vieja flor de terciopelo.

TUS MANOS

Y tus manos exangües, blancos lirios
con dedos como pétalos, suaves,
bajo mis besos se tornaron graves
como si las cargaran de martirios...

Un día sentirás raros delirios
(un día ya cercano ¿no lo sabes?)
y tus manos caerán, como dos aves
heridas, entre flores... Cuatro cirios,

como estrellas enfermas, blandamente
ungirán tus cabellos y tu frente
con un vago fulgor tornasolado,

y en tu pecho, y en cruz, tus angulosas
manos serán dos níveas mariposas
sobre un lánguido lirio desmayado.

TU BOCA

Cuando á la estancia tétrica, sombría,
el Dolor . . . el Dolor mi planta lleve,
serás, entre las sábanas, un leve
celaje que ha de disipar el día.

Y tu boca sensual, tu boca breve
que la fiebre de amor estremecía,
parecerá en tu faz, lívida y fría,
un rubí entumecido entre la nieve.

Pobre boca ya muda, pobre boca
que atajaba mis males con la invoca-
ción de todos mis pálidos anhelos . . .

Ay! por esa boquita abierta, pienso
que tu alma saldrá como el incienso
á difundirse en los profundos cielos.

METAFORFOSIS

Pero no llores más, . . . De tus morenas
pupilas, antes bellas y radiosas,
han de nacer dos negras mariposas,
ebrias de luz y de alegría llenas.

Y cuando en noches tibias y serenas
elaboren tus carnes olorosas,
saldrán á flor de tierra, temblorosas,
en tropel, margaritas y azucenas . . .

Y en una noche diáfana, y en una
noche de paz, los besos de la Luna
bajarán al jardín con golpe rudo.

Y entonces haré mi nido entre tus flores,
convertido quizás por los Dolores,
en un pájaro triste y negro y mudo.



MAÑANA

á DARIO HERRERA

No sabes?... Hace noches me asiste la Tristeza;
me miro y siento un hondo y extraño desconsuelo,
desque una mano blanca, peinando mi cabeza,
halló un hilo de nieve perdido entre mi pelo.

“Cumplíste veinte años... Eres un joven viejo...”
me dice quedamente mi venerable amiga.
Y me he sentido lleno de una rara fatiga
que aumenta á cada paso que en mi ruta me alejo.

Mañana!... Yo quisiera saber la soberana
grandeza que me ocultan las combas de su vientre;
quisiera hallar el genio poderoso que encuentre
la llave que me abra las puertas del mañana.

Quién sabe ese infalible mañana cuánto esconde!..
Ha tiempo lo pregunto, mas nadie me responde.

*
* *

Serás, después que mueras, rama de clavellina
donde-paloma-mi alma cantará sus dolores;
serás, quien sabe, rosa de thé llena de olores;
serás rosa en el tallo donde seré una espina.

Quien sabe cuando mueras serás un trémulo astro
que brille en los espacios con infinito anhelo;
quien sabe si yo, entonces, seré impreciso rastro
que siga eternamente tus pasos por el cielo.

Tal vez serás un ave cuando yo sea un trino
que juegue en tu garganta con retintín sonoro;
seré rayo de Luna que se disuelve en oro
cuando tú te transformes en la cruz de un camino.

Seré brisa nocturna, cuando tú seas palmera,
seré una mariposa si eres un blanco lirio,
sien de poeta si eres corona de martirio,
ó garza triste y blanca cuando tú seas ribera.

Seré, quien sabe, doble cuando tú seas esquila,
seré piadoso musgo cuando tú seas roca,
seré, un beso de amores cuando tú seas boca,
seré gota de llanto cuando tú seas pupila.

*
* *

Ya suena la campana... Qué triste que repica!...
Su voz descubre un vago, lejano desconcierto...
Quién sabe si en su lengua metálica suplica
á Dios por el descanso del alma de algún muerto!...

Dime: no te parece, oyendo la campana
oír como el acento de alguna voz que oíste...
En mí evoca el recuerdo de alguna voz humana
que me ha dicho tristezas cuando yo he estado triste.

Acércate, me espantan las voces de la esquila;
acércate, una angustia sin nombre me sofoca . . .
Perfúmame con flores que nazcan de tu boca,
alúmbrame con rayos de sol de tu pupila.

No sabes? . . . Hace noches me asiste la Tristeza;
me miro y siento un hondo y extraño desconsuelo,
desque una mano blanca, peinando mi cabeza,
halló un hilo de nieve perdido entre mi pelo.



RICARDO MIRO

TU RECUERDO ES PIADOSO

I

En vano, en vano trato de olvidarte. . . . Persiste
en mí el grato recuerdo de tu imagen radiosa,
lo mismo que persiste la nota melodiosa
en las concavidades de una bóveda triste.

Un día sobre el yermo de mi vida surgiste,
y como aquella samaritana bondadosa,
acercaste á mis labios el agua milagrosa
de tus besos más dulces y luego. . . . te perdiste.

A veces un recuerdo que surge de lo ignoto,
desenvuelve á mis ojos aquel tiempo remoto
en que alegraron mi alma tus risas argentinas.

Porque entre los escombros de mis sueños más puros
tú eres como esas yedras piadosas q' en los muros
cubren la desolada desnudez de las ruinas.

II

Señora: no renueves el daño que me hiciste;
no avives sobre el yermo de mi vida tediosa
la huella de tus pasos, amable y luminosa,
que á través de los años en mi ánima persiste.

No tienen sed mis labios . . . el agua que me diste
de tu ánfora repleta de savia milagrosa,
sació todas las ansias de mi alma dolorosa . . .
y por eso, señora, yo estoy enfermo y triste.

Tú fuiste alegre y blanca; me diste tu belleza,
y yo en mis amarguras te colgué mi tristeza
como un manto de luto sobre los niveos hombros.

De entonces, al mirarte girar sobre mis ruinas,
me finges una de esas joviales golondrinas
que alegran la infinita mudez de los escombros.

FATALIDAD

Yo no puedo apagarme . . . Soy un foco
que brilla como lágrima en la sombra;
y mi alma callada es una alfombra
donde baila el Destino un baile loco
celebrando sus nupcias con la Sombra.

Ya no sé donde ir . . . En vano giro,
la luz nunca fulgura ante mis ojos;
la Tierra es para mí jardín de abrojos,
y donde quiera que anhelante miro
sólo descubren lobreguez mis ojos.

Y no sé á qué abrazarme . . . Algo me empuja
con fuerza irresistible á mi destino,
y en la calma solemne de Cartuja
de mi alma, la risa del Destino
es cruel como la punta de una aguja.

Quisiera detenerme un solo instante
por verme en el cristal de tus pupilas;
pero en vano: mis plantas intranquilas
caminan sin querer hacia adelante
tras algo que me arranca las pupilas.

Mas calma tu pesar. . . . A nuestro inmenso
amor presiento el fin del cruel martirio,
y ya habrás de gozar mi abrazo intenso
cuando yo sea nube azul de incienso
y tú sigas viviendo en algún cirio.



LIA

PARA MIGNON.

No sabes quien era Lía,
la rubia sentimental? . . .
Una copa de cristal
llena de melancolía.

Escúchame: cierto día
se fue para el Carnaval
y ebria del vino del mal
fue mala . . . porque fue mía.

Cuando yo, loco de amor,
para besarla mejor,
le desaté el antifaz,

con su blanca manecita
se agarró de una levita
y se fue y no vino más.

—

Después una noche fría
un estudiante trivial

me condujo á un Hospital
donde estaba enferma Lía.

Lleno de melancolía
llegué, y en hora fatal ...
De mi copa de cristal
la existencia se salía.

De mi amor en un exceso
cuando iba á ponerle un beso
se fue con uno... con dos....

y su mano que colgaba,
al mecerse me mandaba
su triste y último adiós.

Ya sabes quien era Lía....
No vayas al Carnaval
porque ebria luego del mal
por ser mala serás mía.

Y una noche triste y fría
llegarás á un Hospital,
¡Oh mi copa de cristal
llena de melancolía!

Y cuando en llanto deshecho
me acerque al angosto lecho
donde estés muda é inerte,

por burlarme tú también.
no encontrando ya con quien
te fugarás con la Muerte.

COMO OLVIDARLA, COMO?

Cómo olvidar sus blondas manos de terciopelo,
ni aquélla su pupila vaga y adormecida? . . .
Cómo olvidarla, cómo, si pasó por mi vida
como una chispa de oro sobre el negror del cielo?...

Vino á mí con sus alas radiantes como el día
brindándome sus labios con alegría loca,
y al sentir en su boca lo amargo de mi boca
gimió, gimió y supongo que gime todavía . . .

Montó sobre las fuertes ancas del tren. La fiera
se fue, suelta á los vientos su loca cabellera,
con mi hermana por negros horizontes distantes. . .

No sé do la llevara, pero he de hallarla un día
porque tras de la fiera, sobre la negra vía,
sus ojos me tendieron un hilo de diamantes. . . .

SALVE LIRICA

Pobrecita alma mía, pobrecita alma hermana,
melodiosa campana de mi melancolía,
errabunda paloma que al declinar de un día
volaste para hacerte más dulce por lejana,
desgráname en el viento tu rosario sonoro
que cuando el viento traiga tu divina armonía
se envolverá mi espíritu en una onda de oro. . . .

Tú eras diáfana y blanca, diáfana como una
Princesa misteriosa de un poema oriental,
por eso fuíste en mi alma como un rayo de Luna
cruzando por sobre una laguna de cristal.

Tú eras diáfana y blanca, pobrecita alma mía!
cual lo son una lágrima, una copa y mi canto;
mas no sé si tú fuíste copa llena de llanto
ó si eras una hermosa lágrima de alegría. . . .

Yo me he quedado absorto contemplando tu rastro luminoso y fosfórico. . . . Y me he quedado absorto porque en mi vida ha sido tu rastro como el orto que describe al cruzar por las sombras el astro.

Cuando la tarde torna los horizontes rojos bajo al Mar por quedarme con mi dolor á solas, y siento ante la inmensa tristeza de las olas la sensación divina de estar frente á tus ojos.

No adivino qué extraño derrotero los sinos abrieron á tu planta, mi pájaro viajero. . . . Sólo sé que mi alma como un blanco cordero va besando tus huellas por todos los caminos.

Cuándo, cuándo, qué día penetrará tu bella pupila hasta la noche profunda en que naufrago? . . . Tal vez ya tarde, cuando me convierta en un lago y tu almita radiante se transforme en estrella.

Pobrecita alma mía, pobrecita alma hermana, melodiosa campana de mi melancolía, desgraname en el viento tu rosario, desgrana sobre mi vida el alba de un día de alegría.



ALMA DE ORO.

"no caminos
descalza cuando vayas por los montes,
que en los montes florecen las espinas
y zarzas....."

TEOCRITO
Idilio IV.

Señor, mi Dios, en dónde podré encontrar aquella
olímpica tristeza que presidió su vida?
Fue dolorosa y muda, lo mismo que una herida;
brillaba sin saberlo, lo mismo que una estrella.

Grabada está en mi mente su indefinible risa,
aquella risa amarga, llena de dulce encanto,
que no sé si era risa empapada de llanto
ó acaso alguna lágrima que se volvió sonrisa.

Creyó la Vida llena de pétalos de rosa
y desnudas sus finas plantas de nieve y rosa
cruzó por los senderos tras de bellos mirajes;

y cayó con su risa sobre los labios rojos,
con los pies destrozados por todos los abrojos
y el alma desgarrada por todos los ultrajes.

SONETOS

BRISAS DE PRIMAVERA

 Cuando viene Mimí con su sombrilla
 color de perla con encajes rosa,
 si la miro, su sangre tumultuosa
 le retoza en la diáfana mejilla.

 Por verla me detengo, y la chiquilla,
 como una colegiala maliciosa,
 se recoge la falda rumorosa
 y descubre la ebúrnea pantorrilla.

 Mi alma, toda entera, se estremece
 blandamente, lo mismo que se mece
 el lirio acariciado por la brisa,

 Y Mimí, con un modo que provoca,
 vuelve la faz, en tanto que su boca
 dibuja una diabólica sonrisa.

MISTICA

Para CARLOTA WERTHER

Una Capilla inmemorial. El Día
se asoma con cautela á los cristales
y deshace en los místicos misales
una sonrisa llena de alegría.

Hacia un confesionario, por la umbría
nave, con pasos tardos, desiguales,
llorosas las pupilas sepulcrales
cruza la Hermana Sor Melancolía.

Una mano invisible y sabia hiere
el órgano, que empieza un miserere
lleno de angustia y de dolor acervo;

y apretando en los dedos el rosario,
gravemente, para el confesionario
va el padre confesor: Amado Nervo.

LA ULTIMA CITA

Todavía te adoro, todavía
destella entre las sombras de mi mente
tu imagen adorada, refulgente
como una estrella en la extensión vacía.

Me parece sentir aquella fría
mano que me oprimiera de repente,
y aquel último beso que en la frente
me pusiste llorando, amada mía.

Era fuerza partir . . . Alzamos tiendas
y nos perdimos por distintas sendas
empujados con zaña por la Suerte

Y hoy tan sólo me alegra en mi honda cuita
saber que acudirás á aquella cita
que te dí en los jardines de la Muerte.

SIMILITUDES

I

Como un deforme centinela airado,
sobre el silencio de la pampa escueta,
recorta su fantástica silueta
un torreón agrietado y desolado.

Al pie de ese torreón abandonado
crece y se multiplica la violeta,
y en la noche penetra la discreta
luz de la Luna en su interior callado.

Pobre viejo torreón que te iluminas
debajo de las risas argentinas
que te manda la Luna por las lomas;

yo también como tú, llevo en los hombros
un inmenso dolor, y en mis escombros
vienen á hacer su nido las palomas.

II

Un silencio de muerte . . . La Capilla
parece un gran sepulcro, desde el coro
hasta el altar, que surge con decoro
bajo una moribunda lamparilla.

De repente una loca campanilla
lanza en la calma, con su lengua de oro,
un mar de risas que en tropel sonoro
ruedan por la callada navecilla.

Yo me quedo pensando absorto, triste,
en la secreta afinidad que existe
entre ellos y nosotros, vida mía.

Porque soy la Capilla silenciosa
y tú la campanilla bulliciosa
que llenas mis silencios de alegría.

III

Un mudo lago de cristal . . . Parece,
bajo la niebla, que se tiende en blondas,
un nido inmenso de tristezas hondas
donde el silencio se propaga y crece.

Cuando el follaje oscuro se estremece
y se desprenden hojas de las frondas,
una sonrisa dolorosa mece
la negra superficie de las ondas.

De pronto, sobre el agua muda y quieta,
una garza sonámbula y discreta
cruza el lago en fantástica partida.

Y yo pienso: como esa garza triste
cruzaste silenciosa y te perdiste
por la calma infinita de mi vida.

IV

En mi estancia, sombría y silenciosa,
sobre el papel de un viejo verde oscuro,
tengo, crucificada contra el muro,
una frágil y oscura mariposa.

Cuando lleva hasta allí la cariñosa
brisa de mi jardín su aliento puro,
me parece mirarla, en inseguro
y nervioso volar, de rosa en rosa.

Muchas veces al ver crucificado
ese pétalo fino y delicado,
cuando advierto el amargo desaliño

de sus alas en cruz, que el Sol no alegra,
pienso en mi alma, mariposa negra
que tú crucificaste en tu corpiño.

V

Allá, distante, en el confín lejano,
de lo más hondo de la mar bravía,
se levanta granítica y sombría
una roca del fondo del oceano.

Detuvo en ella una gaviota el vuelo,
hizo su nido, calentó su cría,
y estuvo . . . estuvo, hasta que al fin un día
dejó la roca y se perdió en el cielo.

Cuando el mar se levanta embravecido,
por defender el olvidado nido
la roca se alza trémula de gloria.

Y yo, así como aquella roca muda,
me debato sin tregua con la Duda
por conservarte intacta en mi memoria.

VI

Mira á lo lejos; el Ocaso baña
de sangre el Mar; el viento nos empuja
y en el límpido cielo se dibuja
vagamente el perfil de una montaña.

Tras el limpio cristal el ojo advierte
oscuros y deformes pedregones;
iasí, por sobre abismos y traiciones,
cruzamos por la vida hacia la muerte!

Mira . . . la vista con temor se pierde
sobre esa inmensa superficie verde
que crece en tanto que la prora avanza.

Igual, si no tuviera ondas tranquilas,
al infinito mar de tus pupilas
donde boga perdida mi esperanza.

A UNA DOMADORA

Domadora gentil que humillas fieras
con tu vara de antigua encantadora,
¿domará tu pupila soñadora
tus leones?... ¡Quimera de quimeras!....

Caballero, cual soy, digo, de veras,
que á mí no me domó tu brilladora
pupila, negra y honda, nó, señora....
Fue la elasticidad de tus caderas!....

Si rugen tus leones, te estremeces;
mas yo, que me he escuchado muchas veces
clamar contra tus malas seducciones,

le digo á mi conciencia, acá, en secretas:
hay leones que gimen cual poetas
y poetas que rugen cual leones.

PAISAJE

El crepúsculo va á nacer. Un velo
blanco y sutil sorprende la montaña,
y el Sol, que borda su postrera hazaña,
va desgarrando nubes por el cielo.

Y hay un árbol fantástico . . . Con duelo
grave levanta la armazón huraña
sobre el atardecer, como una extraña
cruz que se crispa con nervioso anhelo.

El Sol, ya en el Ocaso, se detiene
tras del árbol fantástico que tiene
un hondo mal bajo sus secas ramas,

y parece, en sus púrpuras bañado,
la cabeza de un gran crucificado
ciñendo una corona hecha de llamas.

HONOR CASTELLANO

Quando sintió el Marqués de Roca Fuerte
en su mejilla el peso de una mano,
desenvainó el acero toledano
para vengar la afrenta de tal suerte.

Era el Marqués, de puño firme y fuerte,
el más noble hijodalgo castellano,
de modo que al reñir con un villano
le daba de su honor dándole muerte.

Pensó, mientras temblaba de coraje,
que vengar con la espada aquel ultraje
era hacer indeleble la mancilla.

Por eso, de ira y de vergüenza lleno,
grita el noble Marqués con voz de trueno:
¡que me arranquen la piel de la mejilla!

EL MILAGRO DE LA CRUZ

Cuando el salvaje rey vió la figura
del fraile con su cruz bajo la umbría,
sintió su fiera sangre cómo hervía
debajo de su piel vellosa y dura.

Aquella cruz nimbada de ternura
que en su diestra, y al Sol, resplandecía,
dañaba su caduca monarquía
más que toda la ibérica bravura

Tembló de rabia, preludió un rugido . . .
é . . . inmóvil queda el indio más temido
por su ferocidad de los hispanos;

porque ante sus pupilas que brillaban
vió que el arco y la flecha le formaban
una cruz milagrosa entre las manos.

LOS VIOLINES SUENAN

Cese la impaciencia de los brodequines
de descoyuntados y finos tacones,
porque dentro el vientre gris de los violines
duermen—blancos pájaros—los rigodones.

Vibre en la penumbra, sobre los jardines,
el triple cordaje de los corazones,
mientras que se apagan los últimos sonos
de los violoncelos y los bandolines.

Damas que parecen tímidas gacelas,
fúlgidos destellos de las escarcelas
pasen bajo el beso lívido del gas.

Que al arrullo dulce de besos que estallan,
los violines duermen . . . los violines callan . . .
los violines sueñan que no sufren más . . .

LA ULTIMA GAVIOTA

Como una franja temblorosa, rota
del manto de la tarde, en raudo vuelo,
se esfuma la bandada por el cielo
como buscando una ribera ignota.

Detrás, muy lejos, sigue una gaviota
que con creciente y pertinaz anhelo
va de la soledad razgando el velo
por alcanzar la banda ya remota.

De la tarde surgió la casta estrella
y halló siempre volando á la olvidada,
de la rauda patrulla tras la huella.

¡Historia de mi vida compendiada!
porque yo soy, cual la gaviota aquella,
ave dejada atrás por la bandada.

FRISOS
A GUILLERMO VALENCIA

ALEJANDRO

Caracolea Bucéfalo... La rabia lo sofoca;
su casco hurga en la arena que el Sol tornó dorada,
mientras que bajo el freno su bello se retoca
con un festón luciente de espuma ensangrentada...

Alejandro-jinete-tiene apostura airada,
y advierte la pupila, si con sus ojos choca,
que el uno, negro y duro, hiere como una espada,
y el otro, azul y tierno, besa como una boca.

El potro se estremece, bate al aire las crines,
levanta las orejas como si cien clarines
escuchara, y arranca con galopar sonoro.....

Y ante la vista absorta de la aguerrida gente,
Alejandro y Bucéfalo se pierden de repente
tras la arena que se alza como una nube de oro....

FRINEA

Sobre la roja arena la inmensa muchedumbre
se agita y se revuelve . . . Las núbiles flautistas
tañen sus flautas llenos los dedos de amatistas
que brillan blandamente con desmayada lumbre . .

Prodigan los camellos su grave pesadumbre,
Homero corre en boca de todos los harpistas,
mientras que van buscando los jóvenes artistas
la línea, el magno verso que como un sol deslumbre . .

De pronto se oye un vago murmullo, y al momento,
como un campo de espigas mecidas por el viento
se estremecen las turbas, nerviosas, intranquilas . .

Porque ante el sacro templo que como un cisne albea,
aparece desnuda la olímpica Frinea,
serena bajo el peso de treinta mil pupilas.

EN EL HIPODROMO

Como escapados de una de aquellas esculturas
donde hubo gloria el magno cincel de Praxiteles,
lucientes, sudorosos, los férvidos corceles,
se enarcan en gallardas y heroicas aposturas.

El sol se desmadeja sobre esas cuatro alburas
que hubieran sido gloria de helénicos cinceles
en tanto que los blancos, fabulosos lebreles,
escarban, preparando sus finas patas duras.

Silencio.. miedo.. espanto.. El musculado auriga
sofoca, excita, azuza la olímpica cuadriga
que parte bellamente, con bravo empuje ciego . . .

Y al destrenzar los potros sus crines silvadoras,
bajo sus diez y seis herraduras sonóras
saltó un reguero trémulo de amatistas de fuego. . .

INDICE

SALUTACION

A Ruben Darío.....	3
--------------------	---

PORTADA

Soy Panameño.....	7
-------------------	---

PRELUDIOS

El Alma de mi libro.....	11
Mi ramillete.....	12
Para la Princesa Blanca.....	13
Las Garzas.....	16
Postal.....	18
Mi vecina.....	20
España.....	22
El decir campesino.....	25
Ella era como eres tú.....	27
Variaciones.....	28
Mi muñeca.....	30

HISTORIA JUVENIL

Promesa cumplida.....	35
-----------------------	----

INDICE

CREPUSCULOS INTERIORES

Nocturno.....	45
Ave Cruz.....	46
¿.....?	48
Sonetos espectrales.....	50
Mañana.....	55
Tu recuerdo es piadoso.....	58
Fatalidad	60
Lía	62
Cómo olvidaría, cómo?	64
Salve lírica.....	65
Alma de oro.....	64

SONETOS

Brisas de Primavera.....	70
Mística	71
La última cita.....	72
Similitudes.....	73
A una domadora.....	79
Acuarela de Primavera.....	80
Paisaje.....	81
Honor Castellano.....	82
El milagro de la Cruz.....	83
Los violines sueñan.....	84
La última gaviota.....	85

FRISOS. — A GUILLERMO VALENZUELA

Alejandro.....	89
Frinea.....	90
En el Hipódromo.....	91

